



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Abaitiz

ADMINISTRADOR:—Vicente Agan

TEL. 572

P. O. BOX 1659

Vol. II.

Manila, 17 de noviembre de 1923.

Num. 46

GLORIOSO CENTENARIO

Acaso no se encuentre en el panteón de la Historia figura más interesante que la de Napoleón. Su tortuosa constitución psíquica basta para agotar la paciencia de quien se propusiere definir el lineamiento de su personalidad. Político consumado y de privilegiada sagacidad, déjase por ventura envolver cándidamente en los ardidés de cualquier filsofillo y unce con docilidad gregaria al carro de ajenos planes su poderío y voluntad. Ambicioso hasta lo inconcebible, pone a cada paso a merced del azar toda su grandeza imperial. Descreído por educación y religioso de conveniencia, cambia con torpeza los papeles y hoy besa la sandalia del Pontífice porque accede a sus súplicas y otro día intenta arrancar la tiara de sus sienes, porque se niega a trasponer el círculo del deber. Extraña amalgama de la “volubilidad del carácter francés” (son palabras de Crétineau-Joly) y de la rudeza distintiva de su ascendencia corsa, sólo fué constante en su misma inconstancia e invirtió energías incalculables en levantar castillos de naipes que rodaron por tierra al primer contacto de la adversidad.

Es una ley psicológica, corolario del ca-

non general de las compensaciones, aplicable tanto al mundo físico como al moral, que la magnitud de los lunares de una persona está en razón directa del calibre de su contextura espiritual. Y a quien conozca por la historia las cualidades excepcionales de Bonaparte, nada habrá de sorprenderle tropezar en las distintas etapas de su fulminante epopeya con fallos incomprensibles aun en inteligencias de despejo regular, los cuales le condujeron por maravillosa disposición de la Providencia a la roca Tarpeya de Santa Elena, donde acertó a tenerle a buen recaudo el gobierno inglés.

Diera muestras de no conocer por menudo la carrera del Capitán del Siglo quien pusiese en tela de juicio haber sido su conducta con los Romanos Pontífices la más grande torpeza política de cuantas cometió. Porque muy espesa debió de ser la borrachera de mando, cuando en octubre de 1796 escribía el Cónsul al Cardenal Mattei: “Para anadar el poder del Papa sólo necesito quererlo”, y ya aparecía manifiesta en el Emperador la demencia anunciada por Eurípides a las víctimas de Júpiter, al ordenar a Murat que “no respetase asilo alguno en Roma,

si osaba oponerse a su voluntad", en una epístola draconiana cuya paternidad pesará eternamente sobre el destino de Napoleón.

La verdad es que reducir a prisión a un anciano octogenario (Pío VI) para conducirlo a Francia y hacerle morir a poder de disgustos y privaciones, parece hazaña más adecuada a un saltador de encrucijadas que al general sofocador de la revolución más imponente de las muchas conservadas en los anales de la humanidad. Y no le va a la zaga en felonía aquella otra "escena de camino real" (en frase de un historiador), cuando organiza un ataque nocturno al Quirinal, residencia del Padre Santo (a la sazón Pío VII), para encerrarlo en Savona durante tres años, al cabo de los cuales se le obliga a atravesar los Alpes, porque acaso podían tenerle más seguro en Fontainebleau.

Como Pío VI hubiese fallecido en Valencia, se ilusionaron los enemigos de la Iglesia con haberse ya terminado la cadena no interrumpida hasta entonces desde san Pedro y el mismo Napoleón acarició la idea de hacer del Colegio de Cardenales una cohorte de palaciegos, poniéndolos por de pronto en el trance de elegir para sucesor a quien a él se le antojara, y aunque se juzgaba por imposible la reunión del Cónclave y los ánimos apocados y de escasa fe tenían que la institución de Jesucristo se viniese abajo "como resquebrajado paredón sin puntales", el 14 de marzo de 1800 nombran por unanimidad los treinta y cinco purpurados reunidos en Venecia al cardenal Chiaramonti, habiéndose encargado el porvenir de confirmar lo acertado de la elección.

Gregorio Bernabé Chiaramonti, nacido en Cesena a los 14 de agosto del año de 1742, empezó por ser monje benedictino, salió al redopelo del monasterio para el obispado de Tívoli, trasladóse luego el Papa al de Imola, fué honrado más tarde con la dignidad cardenalicia y a la muerte de su paisano Pío VI, que sucumbió a los ochenta y dos años a consecuencia de las penalidades del cautiverio, quedó nombrado para sucederle, acaso en las circunstancias más nebulosas de cuantas rodearon la llegada de ninguno de sus predecesores al trono pontifical.

Como su bondad para con todos llegó a ser proverbial y tan sin tasa derramó el perdón entre los mismos perseguidores, se figuraron unos y otros poderle hacer juguete de sus maquinaciones. Y buena prueba de la falsedad de tales cálculos dió (entre otros mil casos) cuando, enterado de los propósitos napoleónicos de violar el territorio pontificio, respondió al emisario francés: "Se nos quita la libertad, mas todo lo teníamos ya

previsto. Antes de salir de Roma hemos firmado una abdicación en regla, la cual entrará en vigor tan pronto como se nos reduzca a confinamiento. Y ya que se quiera jactar el Emperador de retener en sus dominios al Papa, sólo tendrá en su poder al encarcelarme a un pobre monje benedictino, por nombre Bernabé Chiaramonti".

Arrastrado de prisión en prisión, privado de sus consejeros más fieles y aconsejado únicamente de mitrados y sacerdotes que preferían las sonrisas cortesanías al cumplimiento de su sagrado juramento, espionado en todo momento, estrechamente custodiado por esbirros dispuestos siempre a rebasar la severidad del monarca en su deseo de halagarle, solo como el Nazareno en la soledad del Getsemaní, con la agravante de haberse prolongado su abandono durante tres años muy cumplidos, estuvo en repetidas coyunturas al linde de la sepultura, pero "l'incarnazione stessa del diritto che si opprime, ma non si infrange, si incatena ma non si distrugge", nunca el temple de su ánimo amenguó a la recia presión del héroe de Austerlitz.

Mas su legendaria constancia y la luz de su entendimiento quedan eclipsadas al parangonarlas con la benevolencia inagotable de su corazón. Si no se doblégó a las amenazas del vencedor, fué su mejor amigo y abogado en las horas de la adversidad. Como al recibirse en Roma la noticia del fallecimiento del desterrado de Santa Elena, oyese de labios de algunos purpurados comentarios a su juicio poco respetuosos para Napoleón, atajóles diciendo: "Nos perdonamos ya, que era ese nuestro deber, las humillaciones infligidas a Nuestra Persona, y sólo nos toca ahora recordar que la Iglesia le será deudora de la restauración del Catolicismo en el reino francés.

Y cuando consiguió librarse de las garras del águila imperial y tornar a Roma, y vió el derrumbamiento de Bonaparte, y atado a una roca del Atlántico el fundador de la dinastía, y agazapados a la sombra del Vaticano a la madre y hermanos del vencido de Waterloo, y deseoso el mundo entero de vengar las consecuencias de su insaciable ambición, sólo se dejó oír la voz del bondadosísimo Pío VII para pedir misericordia a la Europa triunfante a favor de su carcelero en Savona y Fontainebleau. porque (son las palabras del inmortal Pontífice) "egli non e piu un pericolo per alcuno e noi desideriamo che non sia per nessuno un rimorso"; y únicamente el prisionero del Emperador capeó los manejos de las cancillerías europeas al colocar sobre el féretro de Leticia, a cuyos res-

tos querían privar de los honores reales, esta elocuente cuanto lacónica inscripción: "MATER NAPOLEONIS" (Madre de Napoleón). Nada más grande se podía de ella decir.

Pío VII, hijo de los condes de Chiaramonti, tomó a los dieciseis años el hábito de San Benito. Fué creado cardenal en 1785. En agosto de 1800 escogió a Consalvi para Secretario de Estado, el cual llegó a ser uno de los más hábiles diplomáticos del siglo XIX. En 1808 erigió las diócesis estadounidenses de Boston, Nueva-York, Filadelfia, Bardstowntown con Baltimore por Metropolitana, en 1820 las de Charleston y Richmond y en 1821 la de Cincinnati. En 1814 restableció la Compañía de Jesús, la primera victima de todas las revoluciones, suprimida por Clemente XIV en la esperanza de acallar definitivamente a los enemigos de nuestra religión. En julio de 1809 le encierra Napoleón en la cárcel de Savona. En 1812 le traslada a Fontainebleau. En 1814 le deja en libertad y a los 20 de agosto de 1823 muere en la Ciudad Eterna a los ochenta y un años de edad.

Fuera injusto recordar el centenario del mártir de Savona sin depositar un ramillete de admiración y agradecimiento en el sepulcro de su amigo y secretario el Cardenal Consalvi, el gran Consalvi, la cabeza pen-

sante y el hombre de acción del Pontificado de Pío VII, exquisito y adorado como un cortesano de Luis XV, sabio de inconmensurable talla, virtuoso más aún que sapiente, a cuya rara habilidad y tino se debe haber el vencedor de Waterloo obtenido de sus compañeros del congreso de Viena que los Nuncios del Papa fuesen de derecho en todas las cortes Presidentes natos del cuerpo diplomático, como representantes de la Autoridad más derramada y de un gobernante esencialmente neutral. Ni en la tumba quiso separarse de Pío VII, y fué a buscarle en ella cinco meses después, habiendo sido su muerte honrada con lágrimas en el Vaticano y en San Petersburgo, en Windsor, en las Tullerías y en Postdam. ¡Honor y gloria al denodado campeón de la Santa Sede! ¡Memoria eterna al amigo y consejero fiel de Pío VII!

Por ventura no se podría hallar en las páginas de la historia eclesiástica Pontífice alguno cortado más al talle de aquella sentencia: "El Papa pertenece al número de los que mueren, pero no transigen", que dijo Castelar. Ni aun el recio "Non possumus" de Pío IX alcanzó eco tan sonoro como la irreductible oposición del encarcelado de Savona y Fontainebleau. Cien años hace que murió. Y no cabe duda: hace un siglo que goza de Dios. ¡Centenario glorioso!

PAULINO.

¡ARRIBA, JUVENTUD!

Será, según se advierte,
funesta nuestra suerte,
si, en apretado haz, todos en masa,
no procuramos prestos,
con válidos arrestos,
salvar el patrimonio de la casa.

No sé porqué razón,
pero hoy la educación
disuelve, al parecer, los sentimientos;
ni arpegian los laudes,
para ensalzar virtudes,
sino los desatinos más cruentos.

Juzguemos gran honor
lanzarnos con valor,
a la defensa de lo que es mordido,
en formas bien insanas,
por turbas inhumanas
yermas en ciencia y corazón podrido.

Ahoguemos en letame
la adulación infame,
y vuélquense los vicios, por instantes;
ni usemos de los viles

y velantes pendiles,
para encubrir las lacras denigrantes.

¿Puede haber egipciaco
que infunda más a un flaco
que contemplar a uno que es su igual,
conducirse sereno,
confesando de lleno
en Dios su Fe y en su País natal?

Jóvenes, adelante,
con erguido semblante
ni en el fragor de las contiendas duras
volváis el rostro atrás;
pues siempre pudo más
una gota de Amor que mil impuras.

Nuestra grímpola es justa
¡LA VERDAD! que se ajusta
a formar caracteres verdaderos;
así, recibe ataques
de muchos ñiquinaques
que, sombras siendo, antójanse luceros.

UN FILIPINO.